



LIBROS

**Una apuesta por América Latina. Memoria
y destino históricos de un continente**

Guzmán Carriquiry

**El internacionalismo de Vitoria en la era de la
globalización**

Bárbara Díaz

UNA APUESTA POR AMÉRICA LATINA.
 Memoria y destino históricos
 de un continente

Guzmán Carriquiry

Buenos Aires, Sudamericana, 2005, 330 pp.

En la presentación de este libro en Buenos Aires, el Director del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad del Salvador, José Paradiso, encomió su prudencia y moderación al tratar temas de la contemporaneidad de América Latina, y lo atribuyó a "la naturaleza idiosincrática que su carácter de uruguayo otorgaba al autor".

Y de hecho, esta obra se inscribe en una ya secular tradición uruguayaya: la de pensar a América Latina. Desde que Rodó suscitara una corriente de ideas y un programa cultural continental —el arielismo— esa tradición no se ha interrumpido. La continuó Alberto Zum Felde con obras como *El Huanakauri* (1917), *El problema de la cultura americana* (1943) y dos de los primeros estudios histórico-culturales de alcance continental, que forman los tomos del *Índice crítico de la Literatura Hispanoamericana*, el Ensayo (1954) y la Narrativa (1959). Carlos Quijano incorporaría a la cuestión la perspectiva económica —e incluyendo la dimensión regional como escalón necesario para la continental—, y crearía un órgano de influencia latinoamericana, *Marcha*. Alberto Methol Ferré iniciaría desde los primeros años de la década de 1950, con la revista *Nexo*, su larga dedicación a pensar a América Latina en el contexto global. Emir Rodríguez Monegal sería, en la década de 1960, uno de los creadores de la idea de la "literatura latinoamericana", contribuyendo decisivamente a su difusión internacional y a su traducción a las lenguas más importantes. Ángel Rama crearía y organizaría, en la década de 1970, la que sigue siendo la más importante colección de obras clásicas de la literatura y el pensamiento latinoamericano: la Biblioteca Ayacucho. Cabe destacar

también la más reciente obra de Methol, *La América latina del siglo XXI*.

Guzmán Carriquiry hace aquí el esfuerzo, aunando "realismo y entusiasmo", de pasar revista a las principales cuestiones políticas, económicas y culturales que desafían a América Latina en estos primeros años del nuevo milenio. El cardenal Jorge Bergoglio, en el prólogo, estima a este esfuerzo como "la primera gran obra de conjunto, recapituladora, sintética y proyectual sobre la realidad latinoamericana en la nueva fase histórica que se ha abierto hacia fines del siglo XX".

La obra está conformada por cinco partes bien articuladas pero que también pueden leerse como breves ensayos independientes. En "Perspectiva y actualidad histórica" se caracteriza el presente desde el encuadre de un "cambio de época", indicando algunos de sus signos, pero con la precaución de que "en tiempos incipientes, quien tenga muchas certezas sobre los rumbos generales de la historia, se arriesga a andar más perdido que nadie".

En "Una dialéctica bipolar en el hemisferio americano" se pasa revista a las relaciones entre América Latina y Estados Unidos incluyendo la perspectiva histórica y analizando la agenda actual, desde el ALCA al MERCOSUR y la Comunidad Sudamericana. Si hay un eje temático en este trabajo, es la importancia que han adquirido, frente a la "globalización del mercado" y la crisis de los "Estados-nación", los procesos de regionalización y continentalización. Carriquiry destaca su carácter de tendencia global: en los últimos 35 años, mientras el comercio extra-regiones ha crecido un 3,2%, el intra-regiones ha crecido más de un 10%. Hay cifras elocuentes, como la de que entre 1990 y 1997 el comercio intrarregional del cono sur sudamericano pasó de 4.000 a 21.000 millones de dólares. De allí que Carriquiry sostenga que "el Mercosur es el acontecimiento más lleno de novedad histórica y más importante para la América Latina de nuestro tiempo", y casi 40 páginas están dedicadas a su análisis y diagnóstico.

El análisis de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos contiene la gran cantidad de variables y circunstancias que entran en juego, desde la significación económica del TLC y el enorme impacto que el mismo ha tenido en México hasta la invariable postura de EU de excluir a los productos agrícolas de toda negociación (solo los subsidios anuales a los productores de soja y maíz suman 8.000 millones de dólares). Resulta sorprendente la estimación de que para 2010 las ventas estadounidenses a América latina superarán a las realizadas a Japón y a la Unión Europea. O el hecho, también llamativo, de que las subsidiarias latinoamericanas de empresas estadounidenses “aportan un cuarto del total de sus ingresos, un tercio del total de sus empleos y más de la mitad de los intercambios en el circuito interior de esas compañías”. Queda claro para Carriquiry que “no hay alternativa real a la necesidad de continuar siempre negociando con los Estados Unidos, con todos los compromisos que ello requiera”, pero “desde la mayor unidad y conciencia de los intereses económicos, estratégicos e ideales de América Latina”. Para ello hay que crear las condiciones “para que este diálogo no sea de pura confrontación -¡porque se pierde!- ni de mera asimilación -¡porque también se pierde!- sino abierto, franco, paciente y solidario”.

En “América Latina en la escena mundial” Carriquiry afronta el ejercicio de pensar a nuestra región en sus vínculos globales, en páginas que muestran con la fuerza de la evidencia la necesidad de que la región sea capaz de establecer políticas conjuntas en el campo internacional. En su participación en el panel que presentó este libro en Buenos Aires, el entonces Ministro de Economía Roberto Lavagna hizo hincapié en este aspecto en particular del trabajo de Carriquiry, advirtiendo sobre la necesidad de asumir el carácter de “Estados-Municipio” que han adquirido los Estados-nación, que los obligan al desafío de pensarse y actuar regionalmente si quieren tener capacidad de negociación para su desempeño internacional.

En “Implicaciones y retos culturales” se presentan algunos de los temas más característicos de las últimas décadas, tales como las identidades nacionales frente a la globalización, la patología del individualismo radical, el problema de la administración de las diversidades culturales, etc. Hay un amplio espacio dedicado al proceso cultural que está aconteciendo al interior de Estados Unidos y al reto de la “hispanización” –o el surgimiento de “América”, como ya hace unos años bautizara *Time* al fenómeno– llamado a tener hondas repercusiones en el futuro próximo.

Finalmente, en “Desde la catolicidad”, Carriquiry analiza a la Iglesia católica y su rol global a la luz del “postconcilio”; un dato insoslayable a la hora de considerar el presente y el futuro de América Latina, el continente que alberga a la mayoría de los católicos del mundo.

La obra integra datos estadísticos y ofrece referencias bibliográficas internacionales –que llegan hasta el 2004– sobre las principales líneas de acción de la política global contemporánea desde la perspectiva de América Latina. En ese sentido es útil también como carta actualizada de tendencias, ideas y autores.

Carriquiry advierte que su libro “no es un tratado de historia, ni de economía, ni de fenomenología cultural, ni de politicología, ni de teología”, pero reivindica los enfoques interdisciplinarios, y limita su objeto a proponer algunas claves de comprensión de la actual situación de América Latina. De entre ellas, debe destacarse, usando palabras liminares del cardenal Bergoglio, que “solos, separados, contamos muy poco y no iremos a ninguna parte. Sería callejón sin salida que nos condenaría como segmentos marginales, empobrecidos y dependientes de los grandes poderes mundiales... América Latina puede y tiene que confrontarse, desde sus propios intereses e ideales, con las exigencias y retos de la globalización”.

J. Ramiro Podetti

EL INTERNACIONALISMO DE VITORIA EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Bárbara Díaz

Cuadernos de Pensamiento Español, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005, 112 p.

Nunca termina de sorprender la manera en que afamados manuales de Historia de las Ideas Políticas ignoran a la Escuela de Salamanca y a su fundador, Francisco de Vitoria, relegando a apenas unas líneas o párrafos la descripción, análisis y valoración de la primera escuela de pensamiento político del mundo moderno. En el de George Sabine, por ejemplo, la Escuela de Salamanca solo merece una línea: "lo que algunos consideran la escuela española de jurisprudencia", dentro de la media página dedicada a Francisco Suárez... En cuanto a Vitoria ini siquiera es mencionado! Naturalmente, es más llamativo todavía que esa perspectiva historiográfica en materia de ideas políticas sea asumida sin reparos en América Latina.

Es de esperar entonces que este estudio de Bárbara Díaz contribuya a subsanar en Uruguay esta deficiencia, tanto más insólita cuanto la Escuela de Salamanca fue una escuela de pensamiento hispano-americana, no solo por la importancia que en el origen de sus reflexiones tuvo el acontecer americano poscolombino, sino por la enorme influencia que muchos de sus integrantes americanos tuvieron sobre el proceso social y político de los siglos XVI y XVII en los virreinos de México y del Perú.

La autora ha elegido un camino particularmente interesante para presentar y evaluar las ideas de Vitoria: confrontarlas con las de algunos teóricos estadounidenses contemporáneos. Centralmente, Francis Fukuyama, Samuel Huntington y Robert Kagan, aunque no faltan referencias a otros como Henry Kissinger, Zbigniew Brzezinski

o Joseph Nye. Fukuyama y Huntington no requieren presentación; sobre Kagan baste decir que es uno de los animadores del *Project for the New American Century*, uno de los *think tanks* de la actual administración estadounidense.

Más allá de las diferencias, sobre las que podría ahondarse, entre la España en que Vitoria produce su obra y los Estados Unidos de la última década y media, en que los mencionados autores producen la suya, hay también manifestas similitudes, con respecto a la situación global y a la posición relativa de España y Estados Unidos en cada caso.

El recurso es útil, a la vez que resalta el hecho principal que une ambas circunstancias: la globalización, iniciada por España y Portugal en el siglo XVI, de la mano de la navegación oceánica, y de la cual nuestro tiempo no es más que una fase avanzada del mismo proceso iniciado entonces. Y la contrastación resulta clara y aleccionadora. Por un lado, mostrando la tremenda actualidad del pensamiento de Vitoria, por otro exhibiendo en qué alta medida las diferencias entre Vitoria y Hobbes —a cuyo linaje intelectual pertenecen los autores estadounidenses— resultan claves para entender qué ha estado en juego, en términos políticos, en la modernidad.

Y esto no puede extrañar. Con la excepción de Nicolás de Cusa —un singularísimo visionario que pudo imaginarla apenas antes de que se hiciera posible— Francisco de Vitoria fue el primer filósofo que concibió, definió y estudió a la *comunidad mundial*. No a la manera de una "comunidad universal" abstracta, propia de los tiempos que Jaspers ha llamado muy bien como de las "historias locales", en tanto el mundo permanecía como partes que recíprocamente se desconocían, y nadie estaba en posesión de los medios para intercomunicarlas. Tampoco a la manera de los "orbes" definidos por los imperios clásicos, siempre parciales, aunque tuvieran pretensiones "universales".

Y Vitoria pudo hacerlo en tanto perteneció —como Moro, como Erasmo, como Lutero— a la primera generación humana que conoció,

empíricamente, los límites reales del mundo; es decir, la primera generación que accedió al verdadero *limes* –al menos hasta la generación de Cabo Cañaveral y Baikonur– que necesariamente hacía relativos todos los anteriores, convirtiéndose en la verdadera frontera de la “humanidad”.

Pero más allá de tal comprobación existencial, por supuesto apenas incipiente entonces, el aporte sustancial de Vitoria fue la ampliación del orden “político” clásico al horizonte del “*totus orbis*”, y el establecimiento del “*ius communicationis*” como la norma básica de su constitución y funcionamiento. Si “lo propio de la polis es compartir bienes, y no constituir un espacio propicio al reparto, lo que convertiría a la polis en un mercado”, como recuerda Bárbara Díaz, y lo verdaderamente definitorio de la polis es “la participación en el *ethos* común, el compromiso de llegar, todos, a una vida buena”, la revolución vitoriana fue la constatación de que se había instalado en el horizonte histórico del hombre la comunidad mundial, y por tanto allí quedaba instalado también el límite real de la “política”.

Es decir, la “política” había saltado más allá de la polaridad clásica “individuo-comunidad”, incorporando en su naturaleza y su dinámica a la *comunidad de las comunidades*, el mundo, por primera vez efectivamente conocido. Para definir esta realidad Vitoria habla tanto de “*totus orbis*” como de “*communitas orbis*”, pero a los efectos de calibrar todo lo que implica su descubrimiento, tal vez debiera inventarse algún neologismo, como “*órbica*”. Porque el tránsito de la política clásica a la política “posvitoriana” supone la trasposición del marco de su estudio, desde la *polis* –sea ésta municipal o estatal– al orbe entero.

La existencia de la “*communitas orbis*” implica a su vez el reconocimiento de un “bien común universal”. Es notorio el rechazo, en los autores estadounidenses considerados, a la idea de una comunidad mundial y de un bien común universal (para ellos la “política” aun puede confinarse a –y entenderse desde– una *polis* estatal). Quien más se ocupa de ello es

Samuel Huntington, que como heredero de la teoría de la impermeabilidad de las civilizaciones no podría estar más alejado de la idea del “*ius communicationis*” vitoriano. Pero “el rechazo al bien común universal lleva al aislamiento”, recuerda Bárbara Díaz, “y como afirma Hannah Arendt, el aislamiento es en sí totalitario”.

La confrontación que establece este libro es iluminadora y encierra una advertencia sobre el largo camino que debe hacerse para revertir los términos que parecen hoy prevalecer en la im-política internacional. Vaya el caso, por ejemplo, de la idea –varias veces centenaria– del conflicto como motor de la historia, predominante en teoría política desde Hobbes hasta Marx. Señala Díaz que “frente al conflicto como motor de la historia e iniciador de la sociedad, sostiene [Vitoria] la naturalidad de la vida social y establece como causa la radical indigencia del ser humano, que desde su nacimiento y en todas las etapas de su vida, es un ser esencialmente dependiente de los demás”.

Más allá de la necesaria reformulación de las Naciones Unidas –tardío legado de Francisco de Vitoria– sobre la que la autora se ocupa como conclusión natural de sus reflexiones sobre el internacionalismo vitoriano, por supuesto parece necesario aceptar la pregunta de si es posible un “mundo vitoriano”, o si debemos resignarnos al “mundo hobbesiano” en que vivimos. Al respecto, le dejo la palabra a Chiara Lubich: “Muchos nos preguntamos si es posible vivir en un mundo de pueblos libres, iguales, unidos, donde no solamente unos respeten la identidad de los otros, sino que también se interesen por las respectivas necesidades. La respuesta es sólo una: no solamente es posible, sino que es la esencia del proyecto político de la humanidad”.

Lo demás no es estrictamente “política”. Estas palabras de Chiara fueron parte de su mensaje de adhesión a la celebración del *Día Mundial de la Interdependencia*, el 12 de septiembre de 2003, instituido el año anterior, por iniciativa del profesor de la Universidad de

Maryland Benjamín Barber, al cumplirse un año y un día del atentado de Nueva York. Es oportuno recordarlas a propósito de un texto como el de Bárbara, que procura acercar a los lectores y estudiosos al legado de Francisco de Vitoria. Porque fueron escritas con ocasión de haber comenzado a celebrarse en el mundo la "Interdependencia". Llevamos algo más de dos siglos honrando la "Independencia". Sin quitar mérito a ello, ¿no habrá llegado la hora que empecemos a honrar -de modo equivalente al menos- a poner en valor, a cultivar el amor, por la "Interdependencia"? Si lo lleváramos al terreno de las consignas, se trataría de algo así como "Ni dependencia ni Independencia, ¡Interdependencia!"... Desde que la conducta de un samaritano fuera ocasión para que Jesús propusiera la universalización del concepto

de "prójimo", hasta el llamado que Juan Pablo II formuló en 1987 desde "La preocupación social", hay una larga historia de aproximaciones a la conciencia de la interdependencia y a la riqueza y valor de la solidaridad, su consecuencia. Una de ellas fue la realizada por Francisco de Vitoria desde las aulas de la Universidad de Salamanca, meditando sobre América. Ojalá esta generación, la primera actuante en el nuevo milenio, sea capaz de obtener otra aproximación, pese a la lógica reinante de la "necesidad del enemigo". En cualquier caso, el libro de Bárbara Díaz resulta singularmente oportuno y necesario. Solo faltaría agregarle, tal vez, una mirada sobre la particular significación que el pensamiento vitoriano tuvo para la historia de las ideas y para la historia de la cultura en América Latina.

J. Ramiro Podetti